

La calle para el martes 21 de julio de 2009
Diario de un espectador
Sabra y Chatila
por miguel ángel granados chapa

Nunca se conocerá el número preciso de quienes murieron en el ataque de los falangistas cristianos a los campamentos de Sabra y Chatila. Imposible saberlo siquiera aproximadamente, porque no había un censo de los refugiados palestinos que allí se hacinaban. De haberlo se podría establecer una aproximación al total de víctimas, restando la también imprecisa cantidad de mujeres y niños que salieron de los campos a instancias de los atacantes, que les dieron esa oportunidad de sobrevivir.

Las cifras que se manejan desde aquel tenebroso septiembre de 1982 corresponden a diversos cálculos e intereses. Oscilan, por eso, entre apenas unos cuantos centenares (entre trescientos y cincuenta muertos) hasta muchos miles, como reclaman, indignados todavía hoy, quienes atribuyen a Israel la atroz matanza, que no cometieron sus hombres pero que pudieron haber evitado.

Decíamos ayer que las últimas escenas de *Vals con Bazhir*, la película de Ari Folman a que nos referimos ayer, recogen fotográficamente el horror de los cadáveres amontonados, ensangrentados, hechos pedazos, de las víctimas de Sabra y Chatila, pues sus verdugos no se contentaron con privarlos de la vida sino que los atacaron por sorpresa y los apuñalaron antes de darles el tiro de gracia. Para la vida personal de Folman, haber podido enfrentarse a recuerdos terribles de los que prescindió durante un cuarto de siglo no significó solo el afianzamiento de sus convicciones pacifistas sino que le permitió realizar esta magnífica obra cinematográfica. Folman escribió previamente un libro sobre su experiencia y después el guión que Yommy Goldman y su equipo animaron y presentaron como si se tratara de un *comic* filmado, a veces retocando escenas reales donde figuran personas, ataques en que sobra el fuego, calles y edificios en trance de destrucción, etc.

Quien parece no haber tenido nunca necesidad de olvidar su participación en aquellos sucesos es el reportero de televisión Ron Ben-Yishad. Desde sus 19 años, Folman lo admiró al verlo transitar enhiesto entre las balas que se cruzaban las facciones libanesas (y las tropas israelíes) en la atribulada Beirut. Mientras su camarógrafo, que lo antecedía, avanzaba en cuclillas, Ben-Yishad avanzaba con el pecho erguido, desafiando las balas (y otros proyectiles, así como las esquirlas que brotaban de los blancos tocados). Años después, convocado por el cineasta, el periodista, reconstruye los hechos y hace revelaciones. Consiguió hablar con el general Sharon —vivo todavía, pero desde hace muchos meses reducido a una vida vegetativa que sólo por convencionalismo es posible llamar vida— quien recibió con gelidez la noticia de que los refugiados estaban siendo asesinados. Después quedó claro que estaba al tanto de la operación, y del papel cómplice que él mismo asignó a sus tropas, al rodear los campos y evitar que huyeran varones palestinos, pues sobre todos ellos había caído la sentencia de muerte por la que pagarían el asesinato de Bazhir Gemayel, fugaz presidente de Líbano.

Folman ha hecho una exitosa carrera cinematográfica. Por esta cinta sobre Sabra y Chatila recibió desde el año pasado —en que la concluyó después de cuatro de laboriosa faena— varios premios. Su país la propuso como candidata al Óscar como mejor película extranjera. También fue postulada a la Palma de Oro de Cannes. Recibió el Globo de oro, el César y fue honrada en el festival de Berlín. Seguramente en todas esas circunstancias se pusieron en relieve los diversos valores de la obra de Folman. El más evidente de todos es la calidad de la animación, más cinematográfica, si cabe decirlo, que la de *Persépolis*, la película sobre la tiranía iraní que vimos hace poco y narra las vicisitudes de una joven persa en lucha contra la opresión..